

LOS RIESGOS DE NAVEGAR EN EL MUNDO ROMANO Y LAS PRÁCTICAS MÁGICAS PARA SOLVENTARLOS

Risks of sailing in the Roman world and magical practices to solve them

ANTÓN ALVAR NUÑO*

Université de Franche-Comté

Recibido: 14/12/2012
Aceptado: 14/05/2013

Resumen:

A pesar de que una revisión superficial de testimonios transculturales lleve a concluir que los riesgos de navegar se conceptualizan de manera universal, un estudio detallado de los mismos demuestra que no es así. Es más, la propia sensación de riesgo es una percepción individual, aunque sometida a unos códigos culturales compartidos. Si se entienden como una cuestión de elección racional, todas las estrategias para reducir el riesgo percibido son válidas, incluso las prácticas mágicas. Para ilustrar estas cuestiones se han elegido los riesgos percibidos de organizar una expedición marítima y las prácticas mágicas que existían entre los navegantes de finales de la República y el Principado romano.

Palabras clave: Riesgo, navegación, magia, amuletos, lapidarios.

Abstract:

While a superficial review of cross-cultural evidences concludes that the risks of sailing are conceptualized universally, a detailed analysis proves that it is not so. Furthermore, the sense of risk itself is a single an individualized perception, although subordinated to some shared cultural codes. All strategies to reduce perceived risk are valid, even magical practices if understood as a matter of rational choice. The perceived risks of organizing a maritime expedition and the magical practices performed by sailors at the end of the Republic and the Roman Principate were chosen to illustrate these issues.

Keywords: Risk, navigation, magic, amulets, lapidaries.

* Trabajo financiado por el programa "Accueil de jeunes chercheurs de haut niveau scientifique de la Région Franche-Comté".

1. El concepto de riesgo

La preparación a la que se someten los trobriandeses para navegar entre los archipiélagos de Nueva Guinea, en el Pacífico Occidental, es larga y laboriosa¹. Casi se podría afirmar que toda su vida religiosa, social, política y económica gira en torno a ella. La fabricación de la canoa está ligada a elaborados rituales que buscan evitar que zozobre o se pierda en el océano. Una vez que se ha realizado el rito inaugural, su botadura también incluye todo un ceremonial. Y cada vez que una expedición se propone a partir, se debe proceder a la realización de más rituales que incluyen una serie de tabúes para su tripulación.

La puesta en práctica de tanta escenografía religiosa queda legitimada a través de los cuentos, mitos y leyendas que narran de manera persuasiva los peligros que se esconden en el gran azul. Estos incluyen malos vientos que pueden hacer naufragar la canoa o desviarla de su trayectoria y perderla más allá de los límites del mundo conocido², corrientes desconocidas que desvían la canoa, tempestades inesperadas o monstruos marinos. Todas estas calamidades se pueden producir por una variedad de razones, pero una de las más temidas es la presencia de brujas voladoras en el mar. Por todos estos motivos se deben mantener las prescripciones rituales adecuadas y se debe respetar la navegación por las rutas que han quedado grabadas en la geografía mítica de los trobriandeses.

Parece que los peligros que entraña la navegación marítima son una categoría universal en donde se puede incluir a las sociedades post-industriales. Los antropólogos han detectado en el medio marino un ecosistema propicio para el desarrollo y conservación de abundantes tradiciones culturales que hacen de los navegantes un grupo distinguido con respecto al resto de los miembros de su sociedad³. Además, el tipo de actividad económica que se realiza en alta mar genera una incertidumbre constante. Incluso en las culturas con un mayor desarrollo tecnológico, el riesgo y la incertidumbre están muy presentes en el medio marino. Sirva un ejemplo: un estudio que se llevó a cabo a comienzos de los años 70 entre los pescadores de Nueva Inglaterra en la costa este de Estados Unidos, reveló que la riqueza de creencias y ritos mágicos de los marineros era mucho mayor que la del resto de la población, exceptuando quizá a otros grupos en donde el riesgo y la incertidumbre forman parte de la actividad económica que realizan, como en la minería, el rodeo o entre

1 La obra por excelencia sobre este tema es MALINOWSKI, B. (1975 [1922]).

2 Esto tiene una especial relevancia para los trobriandeses, ya que sus canoas, las *waga*, tienen un velamen toscos que no se puede adaptar a los diferentes rumbos. Un rumbo de ceñida o de descuartelar, por ejemplo, resultan insuperables para este tipo de embarcaciones.

3 ACHESON, J.M. (1981): 275-316.

los corredores de apuestas⁴. A pesar de la utilización del sónar, del radar, del GPS, o de la fotografía aérea para detectar bancos de peces –que sí que alivian la incertidumbre económica–, la sensación de riesgo personal, el miedo a caer por la borda arrastrado por una ola o naufragar en medio de una tempestad no se reduce.

Sin embargo, si bien es cierto que el mar entraña unos peligros determinados que pueden incluso acarrear la muerte, la forma de concretar qué peligros son esos, las estrategias para aliviar la ansiedad que producen e incluso la percepción individual de riesgo no son en absoluto universales. No pertenecen a un código que quedó registrado en el ser humano en los albores de la humanidad y que resulta compartido por todos⁵. Se trata más bien de aspectos sensibles a la idiosincrasia propia de cada cultura, de las vicisitudes de la misma (de las constantes negociaciones que hay en sí misma entre permanencias y transformaciones con respecto a lo que se percibe como riesgo) e incluso, a pesar de que se puedan detectar aspectos determinados que se puedan considerar típicos de una cultura en cuestión, eso no significa que sean igualmente compartidos por todos los miembros de esa misma cultura. Existe una negociación constante entre la elección personal y las opciones válidas y reconocidas que ofrece el entramado cultural.

El interés por el análisis de la percepción del riesgo y toma de decisiones nace en 1921 a partir de los estudios del economista norteamericano F. H. Knight⁶. Las teorías económicas anteriores al siglo XX se habían desarrollado bajo presupuestos de certeza e información perfecta, es decir, no había contingencias que el agente no hubiera previsto y tomado en consideración. No obstante, Knight plantea que en muchas ocasiones no existen situaciones de información perfecta, sino que el agente tiene que tomar sus decisiones en base a información inexacta. Para Knight, el riesgo es una situación en la que los resultados son aleatorios, pero el agente puede asignar una probabilidad de ocurrencia a cada una de las contingencias. De acuerdo con la información de que disponga, el agente puede plantear diferentes opciones de resultado según la decisión que tome, puede imaginar posibles escenarios futuros, designarles un porcentaje de probabilidad a cada uno, y optar por el que más le convenga. Aunque no sepa con certeza cuál va a ser el resultado de su decisión, dispone de elementos suficientes como para designar un valor a cada opción. El agente es, por tanto, consciente de que existen una serie de elementos negativos a la hora de tomar su decisión a los que denomina “riesgo”.

La antropología social no ha sido ajena a las teorías en torno al riesgo. Mary Douglas fue pionera al trasladar el concepto de riesgo como un elemento de aná-

4 POGGIE, J.J. y GERSUNY, C. (1972): 66-72.

5 Un modelo explicativo muy difundido por los generativistas. Un ejemplo clásico de la aplicación de este tipo de teorías en religión greco-romana es BURKERT, W. (1996).

6 KNIGHT, F.H. (1947 [1921]).

lisis individual a la esfera social⁷. Douglas no ha tratado de elaborar una teoría general sobre los mecanismos de gestión del riesgo, sino que se ha preocupado más bien de subrayar que el riesgo es objeto de una codificación social que lo regula: existe una decisión colectiva sobre qué elementos o circunstancias se perciben como factores de riesgo, y existe una atribución de responsabilidades consensuada sobre los motivos que han llevado a que determinados elementos o circunstancias se perciban como especialmente arriesgados frente a otros. Es decir, el cálculo individual de contingencias futuras es dependiente de la normativización cultural y del reconocimiento colectivo de los elementos o circunstancias que implican riesgo.

En el caso de los estudios de religión en el mundo greco-romano, la gestión del riesgo como modelo explicativo de determinados fenómenos ha tenido una aplicación muy reciente. Un ejemplo digno de mención es el trabajo de E. Eidinow⁸. La investigadora británica ha empleado las teorías antropológicas sobre el riesgo para interpretar el recurso a las consultas oraculares y a las fórmulas de imprecación conocidas como *katadesmoi*. Para Eidinow, este tipo de prácticas se empleaban para reforzar una elección predeterminada o, dicho de otro modo, para externalizar la responsabilidad de tomar una decisión frente a otras opciones posibles. De este modo, se reduciría la ansiedad que genera optar por una elección con una alta dosis de riesgo frente a otros futuribles: se trata de medios para maximizar la utilidad esperada de individuos renuentes al riesgo en diferentes situaciones de la vida diaria⁹.

2. Los riesgos de navegar en el mundo romano

La tradición romana no sentía especial atracción por el hecho de viajar. Más bien al contrario, el arquetipo ideal para el *mos maiorum* era el ciudadano que vivía de las labores agrícolas (aunque luego la realidad fuera de otra índole). El poeta tardoantiguo Claudiano retrata con claridad cuál es ese ideal:

“Feliz quien pasa su vida en los campos propios,
 quien de niño ve la misma casa que de anciano
 y, apoyándose en el bastón sobre la tierra en que se arrastró,
 cuenta los largos años de su única cabaña.
 A él, ni lo zarandea la fortuna con incómodas aventuras,
 ni le sacian la sed, siempre extranjero en sus viajes, aguas desconocidas.

7 DOUGLAS, M. (1966); DOUGLAS, M. y WILDAVSKY (1982); DOUGLAS, M. y WILDAVSKY (1985).

8 EIDINOW, E. (2008).

9 En economía, se entiende por utilidad la satisfacción subjetiva que un agente obtiene de algo.

No tiembla como el mercader ante el mar, ni ante la trompeta como el soldado,
ni defendió en el ronco foro ninguna causa.
Indiferente ante todo, sin conocer la ciudad más cercana,
sólo se regocija cuando los astros se le muestran favorables.
Para él se rige el calendario por los alimentos, no por cónsules;
el otoño se distingue por las manzanas, la primavera por las flores.
El sol se oculta y regresa siempre por los mismos campos
y mide el campesino el tiempo con su mundo;
él, que al mirar la inmensa encina, recuerda la pequeña semilla
y ve que todo el bosque envejece con los mismos años;
él, para quien la cercana Verona está más lejos que las negras Indias
y cree que el lago Bénaco es el mar Rojo.
Pero, al llegarle la tercera edad, es un viejo robusto
de indómitas fuerzas y firmes músculos.
Que sea otro el que viaje y vaya a explorar a los remotos iberos:
El que se queda tiene más vida; el que se va, más camino”.¹⁰

La sociedad romana, que basaba su prestigio en la propiedad de la tierra, consideraba viajar y, en concreto, el viaje por mar como un factor de alto riesgo. La movilidad, incluso durante la supuesta *pax romana* instaurada en el Mediterráneo a partir de Augusto, suponía riesgos, generaba incertidumbre e implicaba una ruptura con la cómoda seguridad que proporciona el entorno de lo conocido y lo cotidiano. En un territorio tan amplio como el que abarca la Roma de finales de la República y comienzos del Principado resulta presuntuoso señalar cuáles eran los factores de riesgo percibido por los navegantes. Estos variaban en cada localidad –es algo que se aprecia especialmente bien con el caso de la piratería¹¹– y con cada individuo, y ni siquiera las fuentes literarias son fiables.

Los fenómenos meteorológicos propios de alta mar no eran pasados por alto en absoluto. Los vientos desfavorables o incluso la calma chicha eran cuestiones que se tenían en cuenta. Avieno ofrece un buen testimonio de un caso de calma chicha:

“El cartaginés Himilcón asegura que estos mares apenas se pueden atravesar en cuatro meses, tal como él mismo contó que lo había comprobado navegando personalmente. Así, ningún viento empuja la nave a una gran distancia; asimismo el agua del mar perezoso no se mueve en sus dominios. Se añadirá a esto el hecho de que sobresale, en medio de las aguas marinas,

10 Claud. *Carm. min.* 20 (trad. de ALVAR EZQUERRA, A., en *Antología de la Poesía Latina*, Madrid, Alianza, 1981).

11 *Vid. infra*.

gran cantidad de algas, y de que, la mayoría de las veces, retiene la popa al formarse grandes malezas.”¹²

Por supuesto, el fenómeno natural por excelencia eran las tempestades. No obstante, la asignación de probabilidad de sufrir una tormenta que confiere el individuo varía por diferentes motivos. Por ejemplo, lanzarse al mar durante la temporada de navegación (*mare apertum*) implica que la asignación que el individuo atribuye a la probabilidad de una tormenta sea menor que durante el invierno, en donde el riesgo percibido de tormenta en el mar es mayor. Incluso las fuentes literarias varían en la importancia que le dan a las tempestades y no se pueden tratar como datos objetivos¹³. En el caso de la lírica o la épica, por ejemplo, se utiliza como modelo la célebre descripción de una tormenta en la *Odisea* de Homero¹⁴, en donde aquello parece el desastre natural definitivo. En este tipo de descripciones se busca precisamente la impresión en el lector de que las tempestades son algo que aterra incluso a los héroes más valientes. Sin embargo, otros géneros literarios, como la historiografía, limitan cualquier tipo de descripción detallada de la misma con el propósito de inspirar objetividad y racionalidad en la presentación de los hechos. Incluso la epigrafía funeraria es sensible a modas y la dramatización de lo terrible que puede resultar una tempestad varía entre epigramas como:

“La ruda y violenta borrasca del Euro y la noche
y las olas que se alzan a la puesta temible
de Orión me perdieron y vine a caer en la muerte
yo, Calescro, que el piélago líbico recorría.
Y ahora soy cadáver que el mar zarandea y devoran
los peces; y embustero resulta este sepulcro”.¹⁵

Y textos más modestos como:

“A los dioses Manes.
(Dedicada) al desgraciadísimo Publio Pompeyo Firmo, a quien una
ola del mar se llevó.
Julia Olimpia erigió (esta estela) para su marido, quien bien la merecía”.¹⁶

12 Auien. *Ora* 114-129. (Trad. de VILLAVA I VARNEDA, en MANGAS, J. y PLÁCIDO, D. (2000): *Testimonia Hispaniae Antiqua I: Avieno*, Madrid, 2000). Se ha sugerido que esta descripción podía corresponder al mar de los Sargazos. La descripción incluye comentarios acerca del avistamiento de monstruos marinos (*vid. infra*); en caso de que efectivamente se tratara del mar de los Sargazos, estos monstruos podrían tratarse de ballenas, ya que esa zona es un paso habitual de las mismas. Cf. en MANGAS, J. y PLÁCIDO, D. (2000): 59 y 111.

13 CRISTÓBAL LÓPEZ, V. (2010): 21-42.

14 Hom. *Od.* 5, 291-490.

15 *Ant. Pal.* 7, 273. (Trad. de M. FERNÁNDEZ GALIANO, Madrid, BCG, 1996).

16 *CIL* V 03014.

Por otro lado, no todo el mundo consideraba las tormentas como una variable de alto riesgo o le concedía la gravedad que se le parecía conceder en términos generales¹⁷.

Otro tema recurrente en las fuentes como posible factor de riesgo es el de los ataques piráticos¹⁸. Pero como ocurre con el caso de las tempestades, la asignación de probabilidades de un ataque pirático no es fija: varía por diferentes motivos. Por ejemplo, si el riesgo percibido de tormenta podía ser mayor en otoño e invierno, el de un asalto pirático lo debía ser durante la temporada de navegación. Por otro lado, el individuo es sensible a los rumores y comentarios que pueda haber en torno a actividades piráticas en una zona determinada y su frecuencia, o incluso a la instrumentalización política que se haga de la piratería. A partir de las campañas de Pompeyo contra los piratas, los generales romanos empezaron a utilizar la cuestión de la seguridad marítima como un tópico, hasta entrar a formar parte integral del concepto de *Pax Romana*¹⁹. El propio Augusto incluye en sus *Res Gestae* el hecho de que limpió el mar de piratas²⁰: el geógrafo Estrabón, para recalcar la paz que consigue Augusto, dice, “contamos además con la calma actual por haberse puesto fin a la piratería, de forma que existen unas condiciones extremadamente favorables para los navegantes²¹”.

A pesar de la propaganda gubernamental que destaca la supresión de la piratería, existen referencias que apuntan en otra dirección. Por ejemplo, se encarga a los gobernadores provinciales la tarea de perseguir y ajusticiar a ladrones, bandidos y piratas²², o a controlar las actividades piráticas de baja intensidad, como la estrategia que utilizaban algunos pescadores de confundir a los barcos empleando luces a modo de faros falsos para hacerlos estrellar contra las rocas y apropiarse así de sus mercancías²³.

Desde luego, a lo largo del Principado la intensidad de las actividades piráticas fluctúa según las regiones. No es lo mismo la seguridad que aportaba la Bahía de Nápoles, en donde estaba anclada buena parte de la flota naval romana, que la inquietud que se debía vivir, por ejemplo, en las aguas del Estrecho de Gibraltar durante buena parte del siglo I y comienzos del II d.C. a causa de las constantes revueltas en Mauritania²⁴.

17 Cf. SIRKS, B. (2002): 134-150.

18 Cf. ALVAR NUÑO, A. (2013): *en prensa*.

19 BRAUND, D. (1993): 195-212. Sobre la piratería en el Mundo Antiguo, *vid. e.g.* ORMEROD, H. A. (1924); DE SOUZA, P. (2000); DE SOUZA, P. (2008): 85-90.

20 Aug. RG. 25; cf. e.g., Ph. *Embajada a Gaio* 145-6 y Epict. 3.13.9.

21 Str. 3.2.5. (Trad. de M.J. MEANA y F. PIÑERO, Madrid, BCG, 1992).

22 Dig. 1.18.13. pr.; *lex de provinciis praetoriis* cf. e.g. HASSALL, M., CRAWFORD, M. y REYNOLDS, J. (1974): 197; LINTOTT, A. (1976): 72 y SUMNER, G.V. (1978): 211-225.

23 Dig. 47.9.10.

24 Cf. ÁLVAREZ-OSSORIO RIVAS, A. (2008): 91-107.

No son pocos los factores de riesgo que el navegante podía reconocer como tales. Además de los fenómenos meteorológicos y de la piratería, existían otras posibles variables de riesgo fantásticas e imaginarias. Las narraciones de los marineros sobre sus desgracias en alta mar debían ser abundantes; no es raro pensar que muchas de ellas estarían aderezadas para realzar su dramatismo, tal y como denuncian algunos autores:

“a los que han recorrido mundo y navegado les agrada mucho que se les pregunte, y hablan apasionadamente de una región alejada, de un mar extraño, de costumbres y leyes bárbaras y describen golfos y lugares, por estimar que en esto encuentran cierta gratificación y consuelo a sus fatigas...y esta clase de enfermedad se produce sobre todo en la gente de mar”.²⁵

Para hacernos una idea del tipo de historias que podían contar los marineros, sirva el siguiente texto de Pausanias:

“Eufemo, un hombre de Caria, me dijo que, cuando navegaba a Italia, perdió el rumbo de la nave por causa de los vientos y fue arrastrado al mar exterior, hacia el que todavía no se navega. Apuntaba que había allí muchas islas, unas desiertas, otras habitadas por hombres salvajes. Me contó que los marineros no querían acercarse a estas islas, porque ya habían llegado a ellas anteriormente y conocían a sus habitantes, pero entonces fueron arrastrados a ellas. Los marineros llamaban a estas islas Satíridas. Sus habitantes tenían la piel curtida por el sol y colas, encima de las nalgas, no más pequeñas que las de los caballos. Éstos, cuando vieron la nave, subieron a bordo sin decir palabra y la emprendieron con las mujeres que había en ella. Al final, temerosos los marineros, echaron a la isla a una mujer bárbara. Los sátiros, a continuación, la violaron no sólo por el sitio acostumbrado, sino también por todo el cuerpo”.²⁶

No cabe duda de que la fantasía narrativa y la realidad vivida se entrelazan en el constante juego dialéctico de la racionalización del mundo, dando lugar a resultados de lo más pintoresco. La tradición literaria greco-latina no separaba de manera tácita las descripciones de lugares, gentes y criaturas que pudieran parecer inverosímiles de las que no lo eran. No es raro encontrarse en géneros literarios que a priori buscan la objetividad discursiva –como la geografía o la historia–, referencias a criaturas como grifos, martícoras, esciápodos y toda clase de criaturas fascinantes²⁷. No existen compartimentos estancos entre los géneros literarios, y tampoco en las estrategias cognitivas de cada individuo a modo de “balcanización

25 Plut. *Mor.* 630b. La idea de que los viajeros y navegantes eran unos charlatanes viene de lejos: cf. Hdt. 3, 115-115; *Id.* 4, 25; Pol. 4, 42, 6; Luc. *VH* 1 y ss.

26 Paus. 1, 23, 5-6 (Trad. de C. AZCONA, Madrid, Alianza, 2000).

27 Cf. PAJÓN LEYRA, I. (2010): 71-90.

de cerebros²⁸. Los sistemas de creencias son móviles, en constante competencia entre sí y accesibles como recurso explicativo siempre que la situación lo requiera. A pesar de lo ficticias que pudieran ser las narraciones de los marineros, gracias a la elaboración de toda una fauna mítica o semi-mítica se podían explicar hallazgos inusuales de especies marinas desconocidas o, incluso en tierra firme, los descubrimientos ocasionales de huesos fósiles²⁹.

Debe quedar claro, por tanto, que la asignación de probabilidades de riesgo no es fija; se trata de algo subjetivo que varía de acuerdo con la información de que disponga el individuo o la importancia que le conceda a las diferentes variables. Del mismo modo, las estrategias de gestión del riesgo son enormemente variadas. Para maximizar la utilidad esperada cada individuo decidirá, de acuerdo con la información que maneje y a partir de su predisposición a asumir riesgo o no, a qué mecanismos de control del riesgo acudir y qué gastos económicos o emocionales invertir.

3. El recurso a la magia como estrategia de gestión del riesgo

Se puede afirmar que en el mundo romano la gente era renuente a los riesgos que implicaba la navegación. Ahora bien, si la percepción del riesgo o si los costes de una expedición hubieran sido más elevados que los beneficios del mercado marítimo, la economía romana habría sido prácticamente de subsistencia.

El comercio transmarítimo no fue iniciativa estatal, sino privada, pero el Estado sí que promocionó la actividad mercantil marítima facilitándola con todo tipo de incentivos, tanto de carácter económico y jurídico, como de carácter social y psicológico. Estos incluían la construcción de puertos e infraestructuras portuarias, privilegios de ciudadanía, exenciones de impuestos a aquellos barcos que transportaran productos del Estado, tendencia a la reducción de los costes de transacciones y préstamos de financiación entre otros³⁰.

También existían medidas de carácter emocional, sociológico y psicológico que contribuían a reducir el riesgo percibido a nivel individual. El recurso a la religión era la medida más habitual y variada de todas esas medidas, aunque no era la única: la creación de cofradías y hermandades, por ejemplo, también resultaba eficaz en este aspecto. La religiosidad de los navegantes era muy variada: la visita al templo

28 Expresión acuñada por VEYNE, P. (1983). El historiador francés consideraba que cada discurso taxonómico del mundo pertenecía a un contexto determinado y que el individuo era capaz de pasar de un registro discursivo a otro sin necesidad de mezclarlos o confundirlos.

29 MAYOR, A. (2001).

30 Cf. SIRKS, B. (1991); MORLEY (2007): 586-588.

era algo casi obligatorio, del mismo modo que era frecuente que, una vez en el mar, el capitán del navío realizara sacrificios y depositara ofrendas de diverso carácter en momentos y puntos clave de la travesía³¹. Los gastos derivados del sacrificio previo al viaje se deben incluir dentro de los costes que implica organizar una expedición marítima, y aunque sus beneficios no sean necesariamente de carácter económico, sí que resultan un elemento más que permite al individuo maximizar su utilidad esperada.

Junto con las prácticas religiosas institucionalizadas, existían otras de carácter pragmático destinadas a aliviar situaciones críticas, de carácter concreto y contingente. En el caso del universo de creencias de los navegantes, este tipo de prácticas podían ir dirigidas bien a la protección del navío, bien a la protección del individuo. Una de esas prácticas destinadas a la salvaguarda de la nave aparece descrita en una de las *quaestiones conuiuiales* de Plutarco. En medio de una discusión acerca de los poderes de los rayos y los truenos, uno de los personajes trata de convencer a sus compañeros de que la trufa nace del trueno, y no solo eso, sino que además tiene ciertas peculiaridades:

“Pues ese bulbo de ahí tan ridiculizado y proverbial, dijo, escapa al rayo no por su pequeñez, sino porque tiene la virtud contrapuesta a él, al igual que la higuera y la piel de foca, según dicen, y la de hiena con las que los armadores forran la extremidad de los mástiles.”³²

De acuerdo a este testimonio, había navegantes que enfundaban el extremo de los mástiles con una piel de foca o de hiena para repeler los relámpagos. Es más, las propiedades de estas pieles podían ser potenciadas si se combinaban con otras filacterias, como el coral, del cual se dice:

“Y para aquellos que navegan (la piedra coral) resulta salvadora, pues si en el barco la partes y la colocas en la punta del mástil con una piel de foca, será una gran filacteria, y salvará de todo peligro y naufragio. Pues es antipática contra todos los vientos, las olas e inestabilidades”.³³

El coral no era la única piedra que se podía emplear para proteger el navío. En el lapidario de Plinio el Viejo se hace referencia a una piedra llamada “gema del sol” –*solis gemma*–, la cual, según los astrólogos, debe ser colocada en el casco del barco³⁴.

Otra forma de proteger los barcos era bien pintando dos ojos en la proa, bien representándolos esculpidos en piezas de mármol que luego se colocaban en las

31 ROMERO RECIO, M. (2000).

32 Plu. *Mor.* 664c (Trad. de F. MARTÍN GARCÍA, Madrid, BCG, 1987).

33 Orph. *Ker.* 20, 23-24.

34 Plin. *N.H.* 37, 181.

amuras de la nave³⁵. Se conocen casos de este tipo de prácticas entre los pueblos del Mediterráneo Oriental desde la Edad del Bronce, pero convendría matizar la función simbólica que tienen para cada caso. Desde época arcaica hasta el periodo que nos ocupa, parece que una de las funciones que tenía la representación de los ojos en los navíos era la de “antropomorfizar” la nave, actuando esta como vehículo transmisor con el mundo de lo divino para facilitar una epifanía. El dios que se revelara a través de los ojos del buque evitaría que este perdiera su camino. No hay más que recordar en este sentido a la mitológica nave Argo, capitaneada por Jasón. Esquilo, describe en sus *Supplices* una nave de la siguiente manera:

“El aparejo del velamen, las defensas que refuerzan las bordas de la nave; y adelante la proa, con sus ojos fijos en la derrota que le impone el timón que dirige desde atrás de la nave”.³⁶

Por otro lado, es frecuente considerar que los ojos que adornaban las naves actuaban como apótrofes, como amuletos de protección contra las maldiciones que pudiera sufrir el navío. Esta hipótesis convendría ser revisada, puesto que las fuentes primarias que la confirman son realmente escasas³⁷. D. N. Carlson, en base a los hallazgos del pecio de Tektaş Burnu, en Turquía, señala que en los navíos griegos de época clásica existían dos morfologías diferentes de ojos que se aplicaban para los barcos mercantes y para los barcos de guerra respectivamente. Si bien los ojos de los barcos mercantes podían tener funciones apotropaicas, en el caso de los buques de guerra parece que su intención era más bien la de resultar amenazantes:

“La nave pirata presenta un aspecto guerrero con sus orejones de proa y su espolón, y a bordo hay garfios de abordaje, lanzas y picas de punta ganchuda. Para impresionar a cuantos se crucen en su camino y para ofrecer una apariencia más salvaje, el barco está pintado de colores brillantes y su proa parece mirar con ojos amenazadores, mientras que la popa se yergue esbelta en forma de media luna, como la cola de un pez”.³⁸

Aparte de este tipo de mecanismos para proteger la nave, existían otros –los amuletos y piedras semi-preciosas– destinados a proteger a su usuario exclusivamente. La variada oferta que había a este respecto permitía, como los ejemplos anteriores, que el individuo disminuyera su percepción del riesgo y, por tanto, la opción de emprender un viaje se volviera más atractiva.

Las propiedades sobrenaturales que se atribuían a ciertas piedras están recogidas en una serie de tratados de época bizantina conocidos con el nombre de “lapidarios”. Por sus peculiares características, se ha calificado a estos tratados como

35 CARLSON, D.N. (2009): 347-365.

36 Aesch. *Supp.* 715-718. (Trad. de B. PEREA MORALES, Madrid, BCG, 1986).

37 Cf. PEREA YÉBENES, S. (2010): 478.

38 Philostr. *Im.* 1, 19 (Trad. de L.A. DE CUENCA y M.A. ELVIRA, Madrid, Siruela, 1993).

“tradiciones literarias vivas”, ya que se han ido creando a partir de la acumulación y selección de tradiciones tanto locales como extranjeras³⁹. Entre esos lapidarios, existe uno de especial relevancia aquí llamado “Lapidario Náutico”, el cual da cuenta de todas las piedras que de una manera o de otra protegen a su usuario de las calamidades del mar. He aquí algunos ejemplos de lo que dicho lapidario incluye:

“La antracita y la calcedonia, si se llevan desde la infancia, impiden ahogarse en un naufragio”.⁴⁰

“El diamante, y en especial el llamado “azul-verdoso”, que se encuentra en Macedonia, cerca del monte Pangeo, y que se parece al granizo, protege contra las olas y tifones más grandes. Una variedad proveniente de la India, de color rojo y plateado, tiene el mismo poder. El más poderoso es el del color del hierro”.⁴¹

“El berilio, transparente, brillante, con el color del mar. Que se grave a Poseidón sobre una biga. Para los que viajan por mar, que su portador esté al abrigo de los problemas”.⁴²

Aunque los textos que nos han llegado son de época bizantina, desde la propia antigüedad clásica se atribuye la redacción de estos lapidarios a personajes legendarios como Zoroastro⁴³, Salomón⁴⁴ o incluso Orfeo⁴⁵. Resulta difícil rastrear cómo entró en la cultura romana la creencia en que algunas piedras tenían la propiedad de proteger a su usuario de los riesgos del mar. Lo más probable es que entrara primero a través de los propios navegantes y de sus contactos con oriente, a través de inmigrantes provenientes de regiones donde este tipo de prácticas era habitual –como el caso de los caldeos⁴⁶– o a través de la fascinación que ejercía lo “oriental” sobre algunos sectores de la aristocracia romana. Aparte de las excentricidades de personajes como Cayo Mario, que se llevó a una bruja siria a sus campañas contra los cimbrios y teutones⁴⁷, o los rumores de que la familia de Pompeyo tenía una bruja oriental⁴⁸, hubo intelectuales que se sentían atraídos por lo esotérico y que

39 PEREA YÉBENES, S. (2010): 457.

40 *Lap. Naut.* 1.

41 *Ibid.* 2.

42 *Ibid.* 3.

43 Hsch. s.v. *Zōroastrēs*; *Sud.* s.v. *Zōroastrēs*.

44 *Glycas Ann.* I, p. 341 BEKKER; cf. TORIJANO, P.A. (2002): 192-224.

45 De hecho, uno de los lapidarios conservados lleva el título de “Lapidario Órfico”. Cf. MARTÍN HERNÁNDEZ, R. (2009): 365-377.

46 Plin. *N.H.* 37.100; 37.169 y 37.181 señala que los caldeos utilizaban lapidarios con fines mágicos y astrológicos. Ya en el año 139 a.C. eran un grupo lo suficientemente numeroso e influyente como para ser considerados una amenaza por parte de las autoridades romanas. *Vid.* *Liv. Per. Oxy.* 54.192; *Val. Max.* 1.3.2.

47 *Plut. Mar.* 17.1-5.

48 *Porph. ad Hor. Sat.* 1.8.25. Cf. DICKIE, M.W. (2001): 167-168.

con sus traducciones de textos greco-orientales al latín contribuyeron a su popularización, hasta el punto de que el naturalista romano Plinio el Viejo redactó él también un lapidario. El más prominente de todos estos intelectuales “esotéricos” fue con probabilidad Nigidio Figulo: era conocido por su labor de redacción de libros sobre fisiología humana (*De hominum natura*), sobre los animales (*De animalibus*), pero también de adivinación (*De augurio privato*) o sobre los dioses (*De deis*). Cicerón, amigo suyo, lo describe con reparos por su inclinación al pitagoricismo y por su interés demasiado vehemente en estudiar la naturaleza oculta de las cosas y en ocasiones habla directamente de él como *Pythagoricus et magus*⁴⁹. Plinio lo cita en varias ocasiones en relación con remedios mágicos en los que se usan partes de plantas o animales, por lo que es probable que parte del conocimiento de Plinio sobre las propiedades terapéuticas de plantas, animales y piedras vengan en realidad de tratados escritos o traducidos al latín por él⁵⁰.

En cualquier caso, la oferta de amuletos y sistemas de protección personal para el viajero eran enormemente variados y competitivos entre sí. Plinio el Viejo, por ejemplo, advierte que muchas de las piedras que se vendían como preciosas o semi-preciosas eran en realidad falsas⁵¹. Aunque existieran estafas entre los mercachifles de la magia, lo importante es el valor simbólico que cada individuo confería a este tipo de amuletos y no tanto su utilidad real (que evidentemente no existía), como su utilidad percibida para modificar las variables de riesgo en las tomas de decisiones individuales.

49 Cic. *Tim.* 1; Jerom. *Chron.* 156 H.

50 Plin. *N.H.* 29.69; 29.138; 30.84. Cf. Serv. *ad Ecl.* 4.10.

51 Plin. *N.H.* 37.197. Cf. ALVAR NUÑO, A. (2010): 241-260 para la variedad de estrategias de autoridad que existían para la captación de clientes en este tipo de mercados.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHESON, J.M. (1981): "Anthropology of Fishing", *Annual Review of Anthropology*, 10: 275-316.
- ALVAR NUÑO, A. (2010): "Magia y amuletos para el viajero", en ALVAR NUÑO, A. (dir.): *El viaje y sus riesgos: Los peligros de viajar en el Mundo Antiguo*, Madrid, Liceus: 241-260.
- ALVAR NUÑO, A. (2013): "Riesgo pirático y amuletos mágicos en el Imperio romano", en ÁLVAREZ-OSSORIO RIVAS, A. y FERRER ALBELDA, E. (eds.): *Piratería y seguridad marítima en el Mediterráneo*, Sevilla: *en prensa*.
- ÁLVAREZ-OSSORIO RIVAS, A. (2008): "Seguridad, piratería y legislación en el tráfico comercial romano en la Península Ibérica durante la República y el Alto Imperio", *Mainake*, 30: 91-107.
- BRAUND, D. (1993): "Piracy under the principate and the ideology of imperial eradication", en RICH, J. y SHIPLEY, G. (eds.): *War and society in the roman world*, Londres-Nueva York, Routledge: 195-212.
- BURKERT, W. (1996): *Creation of the sacred: tracks of biology in early religions*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- CARLSON, D. N. (2009): "Seeing the sea. Ship's eyes in Classical Greece", *Hesperia*, 78: 347-365.
- CRISTÓBAL LÓPEZ, V. (2010): "La tempestad como tópico literario", en ALVAR NUÑO, A. (dir.): *El viaje y sus riesgos: Los peligros de viajar en el Mundo Antiguo*, Madrid, Liceus: 21-42.
- DE SOUZA, P. (2000): *Piracy in the graeco-roman world*, Cambridge, Cambridge University Press.
- DE SOUZA, P. (2008): "Rome's contribution to the development of piracy", en HOHLFELDER, R. L. (ed.): *The maritime world of ancient Rome. Supplements to the Memoirs of the American Academy in Rome*, 6, Ann Arbor, University of Michigan Press: 71-96.
- DICKIE, M. W. (2001): *Magic and magicians in the greco-roman world*, Londres-Nueva York, Routledge.
- DOUGLAS, M. (1966): *Purity and danger. An analysis of concepts of pollution and taboo*, Londres, Routledge y Kegan Paul.
- DOUGLAS, M. y WILDAVSKY, A. (1982): *Risk and culture. An essay on the selection of technological and environmental dangers*, Berkeley-Londres, University of California Press.
- DOUGLAS, M. y WILDAVSKY, A. (1986): *Risk acceptability according to the social sciences*, Londres, Routledge y Kegan Paul.
- EIDINOW, E. (2007): *Oracles, curses, and risk among the ancient Greeks*, Oxford, Oxford University Press.
- HASSALL, M.; CRAWFORD, M. y REYNOLDS, J. (1974): "Rome and the Eastern Provinces at the end of the Second Century B.C.", *Journal of Roman Studies*, 64: 195-220.

- KNIGHT, F.H. (1921): *Risk, uncertainty and profit*, Boston, Mass., Hart, Schaffner & Marx-Houghton Mifflin Co. = *Riesgo, incertidumbre y beneficio*, Madrid, Aguilar, 1947.
- LINTOTT, A. (1976): "Notes on the Roman Law inscribed at Delphi and Cnidos", *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 20: 65-82.
- MALINOWSKI, B. (1922): *Argonauts of the Western Pacific: An account of native enterprise and adventure in the Archipelagoes of Melanesian New Guinea*, Londres, Routledge and Kegan Paul = *Los Argonautas del Pacífico Occidental*, Barcelona, Península, 1975.
- MARTÍN HERNÁNDEZ, R. (2009): "El Lapidario Órfico", en BERNABÉ, A. y CASADESÚS, F. (eds.): *Orfeo y la tradición órfica. Un reencuentro*, 1, Madrid, Akal: 365-377.
- MAYOR, A. (2001): *The first fossil hunters. Paleontology in Greek and Roman times*, Princeton-Oxford, Princeton University Press.
- MORLEY, N. (2007): "The early Roman empire: distribution", en SCHEIDEL, W., MORRIS, I. y SALLER, R. (eds.): *The Cambridge economic History of the greco-roman world*, Cambridge, Cambridge University Press: 570-591.
- ORMEROD, H. A. (1924): *Piracy in the Ancient World. An essay in mediterranean history*, Liverpool-Londres, The University Press of Liverpool-Hodder and Stoughton.
- PAJÓN LEYRA, I. (2010): "Monstruos y criaturas de fantasía", en ALVAR NUÑO, A. (dir.): *El viaje y sus riesgos: Los peligros de viajar en el Mundo Antiguo*, Madrid, Liceus: 71-90.
- PEREA YÉBENES, S. (2010): "Magic at Sea: Amulets for Navigation", en MARCO SIMÓN, F. y GORDON, R. (eds.), *Magical Practice in the Latin West (Religions in the Graeco Roman World, 168)*, Leiden-Boston, Brill: 457-486.
- POGGIE, J. J. y GERSUNY, C. (1972): "Risk and Ritual: An Interpretation of Fishermen's Folklore in a New England Community", *The Journal of American Folklore*, 85: 66-72.
- ROMERO RECIO, M. (2000): *Cultos marítimos y religiosidad de navegantes en el mundo griego antiguo*, BAR International Series 897, Oxford, Oxford University Press.
- SIRKS, B. (1991): *Food for Rome: The legal structure of the transportation and processing of supplies for the imperial distributions in Rome and Constantinople*, Amsterdam, Gieben.
- SIRKS, B. (2002): "Sailing in the off-season with reduced financial risk", en AUBERT, J.J. y SIRKS, B.(eds.): *Speculum iuris: Roman Law as a reflection of social and economic life in Antiquity*, Ann Arbor, University of Michigan Press: 134-150.
- SUMNER, G.V. (1978): "The Piracy Law from Delphi and the Law of the Cnidos Inscription", *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 19: 211-225.
- TORIJANO, P.A. (2002): *Solomon, the esoteric king: from king to magus. Development of a tradition*, Leiden, Brill.
- VEYNE, P. (1983): *Les Grecs, ont-ils cru à leur mythes? Essai sur l'imagination constituante*, París, eds. du Seuil.